



LA LUNA DE ROQUE

Como cada día cuando llegaba el atardecer, Roque subía a la terraza de su casa para mirar como se ponía el Sol. Siempre, le había gustado mirar el cielo.

Le hacía mucha gracia comprobar como, si tomaba un punto de referencia cerca de él, el movimiento del Sol, ya muy bajo, era perfectamente visible. Lo mismo hacía cuando la Luna era bien grande; seguía su camino comprobando como, durante el paso de una o dos horas, había recorrido un buen trozo del cielo. Roque era un niño extraordinariamente observador.

Sus padres no sabían de donde le venía aquella afición a las estrellas, a mirar el cielo. A pesar de su corta edad —solo tenía 10 años— Roque conocía perfectamente las constelaciones y sabía distinguir y diferenciar un planeta de una estrella.

Había leído que los planetas no centellean como las estrellas, que normalmente parece que se muevan o que tiemblen. Conocía el nombre de muchas estrellas: Vega, Deneb, Altair, Sirius, Rigel, Betelgeuse. Eran todos ellos nombres que le parecían misteriosos, lejanos. Sabía sin embargo, que todos eran nombres árabes. Sabía también el nombre de muchas constelaciones y dejaba boquiabiertos a sus compañeros de clase cuando les explicaba que el cielo estaba dividido en 88 constelaciones, doce de las cuales eran las zodiacales.

Roque tenía un pequeño telescopio que le habían traído los Reyes Magos, y con aquel instrumento podía pasarse horas observando y mirando todo lo que se podía ver a pesar de sus limitaciones por ser pequeño.

Guardaba tres o cuatro libros de astronomía en su habitación; se los habían regalado cuando celebró sus dos últimos cumpleaños, y estaba muy orgulloso porque era libros de mayores —como él decía—, pero se los leía y volvía a leer para aprender todo lo que aquellos textos decían y explicaban del Universo, de los cometas y de todo cuanto estuviese relacionado con el Cosmos.

Los fines de semana y durante las vacaciones, Roque iba a la montaña con sus padres. Iban a un pequeño pueblo de la comarca del Ripollés; los padres a descansar del ajetreo de la ciudad, Roque, a jugar con sus amigos del pueblo y a mirar las estrellas cada noche que el cielo se lo permitía.

Los padres de Roque habían alquilado una casa de dos plantas y azotea en las afueras del pueblo. Allí todo era diferente; la vida en el pueblo era de otra manera, más tranquila, sin ruidos, sin coches, únicamente los ladridos de algún perro y el canto matutino de los pájaros eran los únicos ruidos habituales de aquel lugar.

En aquella población era donde Roque realmente disfrutaba del cielo. El pueblo era muy pequeño y había pocas farolas. Esto hacía que durante las noches el cielo se pudiera ver mucho mejor que desde la gran ciudad donde vivía.

Cuando oscurecía, normalmente justo después de la cena, Roque subía rápidamente a la terraza y miraba las estrellas. Lo primero que hacía era comprobar si se veía la Vía Láctea, una franja luminosa débil pero fácilmente visible desde lugares oscuros. Si la veía bien, indicaba que el cielo era transparente y que había más posibilidades de observar aquello que deseaba. Entre todos los cuerpos celestes que hay en el cielo, los que más le llamaban la atención eran, sin embargo, aquellas pequeñas luces que de vez en cuando aparecían dibujadas sobre el fondo del cielo oscuro.

Eran como chispas que se movían rápidamente dejando un trazo de luz, aquello que los mayores denominan «caer una estrella»; pero Roque sabía muy bien, que era imposible que las estrellas cayeran, por que están muy lejos de la Tierra. «Además, si cayesen ¿qué sería de nuestro planeta?», se preguntaba él.

Durante los meses de verano, Roque observaba el cielo echado en una «tumbona»; se podía pasar más de dos horas mirando el cielo únicamente con el deseo de «cazar estrellas fugaces». Sabía que a mediados de agosto hay una lluvia de estrellas muy importante conocida como las «Lágrimas de San Lorenzo», y que se podían contar un elevado número de trazas o rastros por hora.

A veces le acompañaban sus padres y se situaban a su lado para observar aquel espectáculo tan impresionante como era una lluvia de estrellas.

De todos los objetos relacionados con la astronomía que Roque guardaba, había uno que consideraba de gran importancia y por el que tenía una especial devoción y cuidado. Era un objeto que nadie sabía que guardaba, era como una especie de talismán; para Roque se trataba de un tesoro de valor incalculable. Aquel pequeño objeto era un recuerdo de uno de sus abuelos, un regalo que le hizo pocos meses antes de que el abuelo muriese.

Se trataba de una moneda, una pieza especial forjada en hierro, que pesaba mucho por el diámetro que tenía, pero lo más interesante de aquel objeto era que guardaba un secreto.

El abuelo de Roque le explicó una historia que nunca olvidaría. Una historia que ni sus padres sabían. Aquella moneda había sido forjada y trabajada con hierro proveniente de un gran meteorito que había caído hacía muchos siglos en un recóndito lugar de América de Sur.

Aquel meteorito había sido producto de guerras y sublevaciones. Había provocado la caída de reinados porque se le otorgaban poderes sobrenaturales. Algunos reyes guerreros de las tribus suramericanas habían forjado con hierro del meteorito espadas y dagas para luchar. Pensaban que las armas construidas con aquel material llegado del cielo les daría más poder y fuerza.

También forjaron joyas que llevaban colgadas los reyes y reinas de aquellos imperios. Una de aquellas joyas era la que Roque tenía guardada en el escondite de su habitación. Aquella moneda había formado parte del mango de la espada de un rey que fue conocido como Wara-Apu.

La moneda mostraba en una de sus caras el Sol eclipsado por dos lunas, y en la otra se podía ver una pirámide y una estrella justo en el vértice. Roque mostraba cierta extrañeza al ver el Sol eclipsado por dos lunas.

Su abuelo le contó que siempre que quisiera observar un eclipse de Sol, tenía que extender el brazo y, sujetando la moneda entre dos dedos, tenía que ponerla delante de Sol. De esta forma siempre podría reproducir un eclipse total de Sol y, si tenía mucha suerte y creía en aquello que estaba haciendo, podría observar la segunda luna de la Tierra, muy pequeña y únicamente visible en ciertas circunstancias especiales y por ciertas personas especiales también.

También le contó que aquel objeto había sido traído a nuestro país por los marineros que acompañaron a Colón en uno de sus viajes a América, y que había pasado por muchas manos. La historia de aquel objeto era apasionante, misteriosa y fantástica.

Una luz entró por la ventana de la habitación del niño y lo despertó. Su madre le llamó y le animó para que se vistiese, almorzase y se fuera al colegio. ¿Había sido todo un sueño? Roque no se lo acaba de creer. No quería despertarse. Lo primero que hizo cuando se levantó fue correr hacia el escondite, abrirlo y comprobar que realmente existía la moneda. Allí estaba, envuelta en un paño de terciopelo rojo. Cogió la moneda, extendió un brazo y, dirigiéndola hacia el Sol, sorprendido, vio un bonito eclipse de Sol, y a su lado, muy cerca del astro rey, observó una pequeña Luna; era la luna de Roque.

© Armand Oliva

Este cuento fue galardonado con el premio «Isidre Pòlit 2008» de relatos breves, instaurado por el Ayuntamiento de Alella (Barcelona).